

## ***Respuesta a Petko Todorov***

**León Trotsky**

**27 de noviembre de 1912**

(Versión al castellano desde “Réponse à Petko Todorov”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 400-404; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 334, 2 de diciembre de 1912.)

He respondido con estas pocas líneas, escritas en forma de carta abierta, a una carta que he recibido del poeta búlgaro P. Todorov<sup>1</sup>, para que puedan ser publicadas en la prensa búlgara en cuanto se levante la censura militar. Esta carta al señor Todorov puede interesar también a los lectores rusos, por lo que la reproduzco aquí íntegramente.

Usted me ha hecho el honor de escribirme a propósito de mis artículos sobre la censura militar búlgara, escritos en los que juzgaba incorrecto el papel desempeñado por ciertos representantes de la intelectualidad democrática, o casi democrática, búlgara. Usted se refirió y desestimó, con breves pero enérgicas alusiones, mis acusaciones sobre las graves responsabilidades políticas y morales de ciertos demócratas búlgaros. Por tanto, pasó usted a la ofensiva general, atacando tanto a los periodistas europeos como a los rusos de izquierdas. Personalmente, no me siento inclinado a defender indiscriminadamente a toda la izquierda rusa, y menos aún a los periodistas europeos. Pero antes, permítame decirle francamente que sus acusaciones son incoherentes, al menos tan incoherentes como su defensa.

Ni que decir tiene que usted acepta, sin criticarla, la censura militar, considerándola una institución necesaria y saludable. Yo no soy militar, al menos no más que usted mismo; sin embargo, creo poder afirmar que, contrariamente a las declaraciones de las autoridades militares (respetuosamente apoyadas por filisteos de todas partes), su censura militar no tiene ningún sentido desde el punto de vista militar, y que persigue otros fines que son cualquier cosa menos militar. No hay duda de que, sin censura, ciertos hechos aislados habrían encontrado un lugar en la prensa europea y que, muy probablemente, esto podría haber perjudicado a su ejército de una manera u otra. Pero de todos modos habría habido filtraciones, a través de correspondencia privada o conversaciones personales. Y, al menos de momento, usted no ha impedido a nadie entrar o salir de su país.

Usted ha calificado a los periodistas europeos de espías y saqueadores enviados a Bulgaria por los usureros de Europa. Pero tenga en cuenta que esos periodistas, si hubieran utilizado la profesión de corresponsal como tapadera para espíar, tenían cientos de formas diferentes de enviar mensajes a cualquier parte, evitando su terrible censura. No me refiero a la tinta química, cuyo uso es bien conocido por los estados mayores y espías militares, ni siquiera al bien desarrollado sistema de comunicaciones telegráficas codificadas. Sólo hay doce horas de viaje entre Sofía y Rusčuk, así que cualquiera podía enviar sus informes a través de la frontera utilizando revisores de trenes o mercenarios. Por lo tanto, cabe afirmar que un periodista, decidido a enviar ilegalmente un artículo rechazado por los censores, no tendría ninguna dificultad en utilizar los sistemas mencionados. En lo que a mí respecta, confieso que no burlé a los censores. Me pareció inoportuno concederme, solo y a sus espaldas, estos derechos por los que luchaba con usted como corresponsal político. No obstante, quiero dejar claro que no culpo a mis colegas europeos que han actuado de otro modo, dado que algunos de ellos han sido tratados con escasa consideración por su censura.

Esta última, impotente ante los métodos ilegales utilizados por los malintencionados, se ha ensañado contra periodistas políticos serios cuya misión no es servir a su estado mayor, sino informar honestamente a la opinión pública europea. En realidad, quieren ustedes obligarnos a mirar con los ojos, oír con los oídos, pensar y escribir en búlgaro y, con ingenio búlgaro, engañar a Europa.

Su censura no perseguía objetivos militares, ni pretendía defender secretos militares, pero sí quería ocultar “secretos” de un orden totalmente distinto: las situaciones embarazosas, las crueldades, los crímenes y las infamias que acompañan a cualquier guerra, y a la de ustedes en particular. Esto es lo que usted quería ocultar a Europa. Ustedes se entregaron al sueño loco de poder hipnotizar a la opinión pública europea, haciéndole creer, no la verdad, no lo que ustedes mismos sabían que era verdad, sino lo que querían hacer pasar por verdad. Querían hacer creer a Europa que los campesinos turcos, los obreros y los *hamallar*<sup>2</sup> que están bajo las banderas y son utilizados como instrumentos por la clase dominante otomana para esclavizar a las nacionalidades no turcas y a las masas trabajadoras turcas, encarnan la crueldad, la barbarie y la bestialidad. Y quisieron hacer creer a Europa que el ejército búlgaro, desde los trabajadores de bajo rango de la cocina hasta el comandante en jefe Savov (a quien no lograron exculpar de la acusación de apropiación indebida), encarnaba, en su conjunto, los más altos ideales de ley y justicia. Para ello, consideraron oportuno intimidarnos a nosotros, los periodistas europeos, con un ejército de censores, a nuestros ojos hombres carentes de toda autoridad moral o intelectual.

Nos presentaban ustedes sus boletines llenos de innumerables variaciones sobre un tema, siempre el mismo: la crueldad y la perfidia de los turcos (las mujeres asesinadas, las banderas blancas agitadas para engañar al enemigo, las balas dum dum) impidiendo al mismo tiempo todos nuestros intentos de decirle a Europa que, además de las atrocidades turcas, también hubo atrocidades búlgaras. Profesores, poetas, funcionarios y antiguos alumnos, ustedes no intentan proteger secretos militares, sino que, en un delirio infantil, imaginaron que podían convertirnos en agentes del estado mayor búlgaro y del gobierno del rey Fernando. Algunos de nosotros, los más amistosos y disponibles, les advertimos de que estos métodos tendrían exactamente el efecto contrario al pretendido. Le dijimos que, tarde o temprano, la forma bárbara en que su país estaba manipulando a la opinión pública europea despertaría una indignación generalizada. Le criticamos por no saber distinguir entre un periodista y un espía, y por confiar la supervisión de la prensa a un hombre, su historiador Semjon Radev, corrupto hasta la médula. Uno de sus representantes, el más franco, pero quizá sería más correcto decir el más cínico, respondió: “Cuando hayamos concluido esta guerra con una victoria, podremos mandar al infierno a la opinión pública europea”. He aquí la política búlgara que usted considera sincera, realista y concreta.

Pero su sentido práctico ha demostrado ser muy corto de miras. Precisamente ahora que la cuestión ha pasado de la esfera militar a la diplomática y que necesitan, más que nunca, la presión de la democracia europea sobre la Europa diplomática, decenas de corresponsales han abandonado Bulgaria y difunden intensamente en Europa ¡esta mitad de la verdad que nos obligaron a callar durante tanto tiempo!

Ustedes afirmaron que su guerra era una cruzada de la civilización contra la barbarie. Con sus lápices rojos y tijeras, intentaron encajar nuestros telegramas y corresponsalías en estas dos categorías. Pero ahora Europa sabe que el camino hacia su cruzada está sembrado de crímenes que provocarían escalofríos a cualquier persona culta, sensible y pensante.

¿Es posible, señor Todorov, que desconozca los hechos que estoy mencionando aquí? ¿Que no sepa que, al principio de la guerra, sus tropas de Rodope utilizaron la

artillería para destruir un pueblo de pomacos, toda la población, casas, granjas, hombres, animales, mujeres y niños? Y no nos diga que un acto tan brutal se justificó por el resentimiento de los soldados hacia los musulmanes búlgaros aliados de su enemigo. Conozco esa excusa tan bien como ustedes. Sin embargo, el hecho es que la noticia de estas represalias, dignas de la Edad Media, contra los pomacos fue suprimida por la censura militar de ustedes y que, cuando el crimen aún estaba fresco, no se alzó ninguna voz para protestar o condenarlo con suficiente fuerza. Como resultado, este silencio quitó todos los frenos a sus oficiales y soldados, que se sintieron libres de cualquier responsabilidad, incluso moral.

¿Es posible que usted tampoco sepa nada de Dimotika? ¿Sobre la forma en que un pelotón de caballería trató a los prisioneros y a la pacífica población de ese pueblo? Pregunte a los oficiales que han regresado del frente, pregunte a los soldados heridos. Le dirán abiertamente (porque le consideran con razón sus cómplices morales) que los soldados empujaron al agua a turcos indefensos y les dispararon como a patos salvajes. Le contarán cómo utilizaron sus bayonetas para obligar a hombres desarmados a tirarse al agua desde un puente.

Demasiado ocupados guardando secretos militares, que en modo alguno estaban amenazados (al menos no por nosotros, los periodistas), ¿no han oído hablar de la legión macedonia que, con el pretexto de cazar espías, degollaba a todo turco pacífico que se cruzaba en su camino? Si usted no ha oído nada, si no sabe nada, vaya inmediatamente a Malko Tárnovo, una vez allí, tome la dirección de Kirklareli y continúe hacia el sur. Se encontrará cara a cara con una multitud de musulmanes barbudos, tendidos en la carretera, con las manos atadas a la espalda y degollados hasta las vértebras cervicales, con más de una anciana musulmana muerta de un tiro en la cabeza junto al fuego y verá los cadáveres de niños turcos que, como trofeos abandonados, salpican el camino recorrido por la victoriosa legión “liberadora”.

¿Y las ejecuciones sin sentido, sin causa, en Mustafá Pacha? ¿Ejecuciones que no eran más que un juego diabólico para oficiales ociosos? ¿Tampoco estaba usted al corriente? ¿Se levantó usted, por casualidad, en vibrante protesta o dio a los periodistas la oportunidad de hacerlo, cumpliendo con un elemental deber humanitario?

Estos hechos, por terribles que sean, palidecen cuando se comparan con otro vil episodio, ni aislado ni accidental, y que no puede explicarse por la amarga desilusión de soldados borrachos de sangre. Me refiero, señor Todorov, a los turcos heridos asesinados a sangre fría en el campo de batalla por orden del mando búlgaro. Más de un búlgaro herido me ha contado, bajando los ojos, el exterminio de hombres desarmados cuyos ojos febriles miraban fijamente las bayonetas que se alzaban para atravesarlos. ¿Cree que esto puede ignorarse? ¿O quiere negarlo? Pero si es así, debemos recordarle que al comienzo de la guerra su cuartel general informó repetidamente a Europa de que los turcos abandonaban a sus heridos en el campo de batalla y que los búlgaros los recogían. ¿Dónde están esos miles de heridos turcos? ¿Qué se ha hecho con ellos, señor Todorov? Respóndanos.

A la intransigencia que supuestamente caracteriza mis escritos, usted contrapone el “sentido de la moderación” que ensalza como el mejor legado de la antigüedad. Pero, ¿ha tenido el valor de sugerir a sus oficiales que apliquen esta regla de forma clara y sin ambigüedades a los enemigos que yacen en el suelo, exhaustos e inconscientes? No. Al contrario, ustedes han mostrado una “intransigencia” sin límites hacia nosotros, los periodistas, que intentamos elevar una protesta desde el fondo de nuestra conciencia indignada. En consecuencia, ustedes los censores, usted personalmente, señor Todorov, han asumido la responsabilidad de cubrir la masacre de soldados turcos enfermos, heridos y desarmados. Estoy seguro, e incluso usted no debería tener ninguna duda, de que, si

hubiéramos podido hacer públicos a tiempo hechos como éste, cuyo recuerdo basta para hacernos hervir de nuevo la sangre en las venas, su estado mayor habría gritado “basta” a sus oficiales y éstos se habrían visto obligados a repetirlo a los soldados.

Pero, ¿qué ocurrió? Usted, el radical, el poeta, el humanista, no sólo no llamó la atención de su ejército sobre el hecho de que, además de las bayonetas afiladas y las balas bien dirigidas, existe también la conciencia humana y la doctrina de Cristo, en cuyo nombre pretende haber declarado la guerra, sino que además nos ató las manos a la espalda, a nosotros los periodistas europeos, y nos puso en el pecho las botas de la censura militar. Cuando, con el corazón ligero, colocó una boina militar con el redondel de la censura en su cabeza de tu poeta, aceptó una responsabilidad en nombre del estado mayor, de la diplomacia y de la monarquía. No puedo decir si su lápiz rojo contribuyó o no a la ampliación de las fronteras de Bulgaria. Pero el hecho de que la intelectualidad democrática búlgara se haya convertido en compañera de viaje, y por tanto también en cómplice, de todos los actos viles de esta guerra, actos que, durante mucho tiempo, quizás décadas, envenenarán el alma de su pueblo, es una realidad que no logrará usted disimular ni borrar de la historia de su país.

La vida pública de ustedes está aún en gestación. Los conceptos políticos y morales más elementales aún no han arraigado en su país. Razón de más para que los elementos más avanzados de su pueblo sean guardianes intransigentes de los principios de la democracia, de su política y de su ética. Por último, el capital histórico fundamental de cualquier nación es la conciencia social y moral de las masas populares. Y, si la historia había encomendado a su monarquía, a sus diplomáticos y a sus generales la tarea de liberar su curso con balas, metralla y bayonetas, usted tenía que asumir ante la guerra, independientemente de su posición de principios (cualquiera que sea), la tarea de proteger la conciencia del pueblo de todos esos venenosos peligros que conlleva una guerra victoriosa. No lo ha hecho, ¡tanto peor para usted!

Le ruego acepte etc. etc.

Sofía, 27 de noviembre [1912]

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> Ver la carta de Todorov en esta misma serie de nuestras EIS: “Una carta de Petko Todorov”.

<sup>2</sup> En un sentido específico, esta palabra significa “estibador” “alijador”. En un sentido general denomina a quien pertenece al más bajo nivel de la escala social.